

Manuel Alejandro RODRÍGUEZ DE LA PEÑA

Imperios de crueldad: La Antigüedad Clásica y la inhumanidad

Encuentro (Col. Nuevo Ensayo, 99), Madrid 2022, 607 pp.

No parecen estos, al menos culturalmente, buenos tiempos para los estudios clásicos. Por un lado, en España –pero también en otros países– asistimos con estupor e indignación a su progresiva eliminación de los planes de estudio de los jóvenes preuniversitarios al tiempo que, por otro, la absurda cultura de la cancelación somete la herencia de Grecia y de Roma, constructora de algunas de las bases de nuestra identidad cultural europea, a un revisionismo pertrechado de presentismo que parece que obliga a una criba selectiva y oportunista –e incluso a una ocultación– de una parte de ese legado clásico que reivindicaron en otro tiempo autores como Werner Jaeger, Moses I. Finley, Cyril Bailey, Paul Veyne, Robert Flacelière o Neville Morley, entre otros. La situación no deja de ser paradójica por cuanto que ensayos sobre la literatura antigua –como *El infinito en un junco*, de Irene Vallejo (2019)– o divertidas aproximaciones a los escritores antiguos –como *Locos por los clásicos*, de Emilio del Río (2022)– se cuentan entre los indiscutibles *best-sellers* de los últimos años, prueba del poder evocador, siempre perenne, de los clásicos greco-latinos y de las creaciones culturales de que fueron artífices y muestra de su evidente éxito social. Precisamente en ese contexto, y en la magistral línea abierta por alguno de los historiadores de la Antigüedad aquí citados, se inscribe el libro que aquí se reseña.

El nuevo trabajo del catedrático de historia medieval de la Universidad San Pablo CEU Alejandro Rodríguez de la Peña –especialmente conocido por su trabajo *Los Reyes Sabios* (2008) y por su prolífica producción en materia de historiografía y discurso político en la Antigüedad tardía y en la Edad

Media, con atención especial a la Europa cristiana– supone una atrevida reivindicación de las humanidades clásicas, de cuyo estudio y cultivo se afirma que depende «no solo cualquier forma de humanismo, sino también la continuidad de eso que se ha venido llamando “civilización occidental”» (p. 545). Esta debe necesariamente iniciar –es necesario que así sea, como explica el autor en las primeras páginas de su documentadísimo e inspirador trabajo– «un nuevo Renacimiento que, al igual que los anteriores, suponga una resurrección de la cultura clásica» (p. 13), como antídoto para muchos de sus problemas culturales y como remedio al aparentemente desolador diagnóstico con que abrimos estas líneas.

Con ser eso ya meritorio, el libro que aquí se reseña merece un calificativo inequívoco: audaz. No se trata de una edulcorada defensa de todo lo que el mundo clásico ha aportado a la cultura occidental, sino que, como se explicita en la clarísima «Introducción» (pp. 13-42), se hace una apología de la necesidad de esa recuperación de la Antigüedad clásica «desde los presupuestos del humanismo cristiano» (p. 14) y se hace, además, destacando una imagen del mundo clásico que, en cierto modo, convierte al autor, en «historiador de la crueldad» (p. 19), reivindicación que su libro –casi al modo del ya clásico trabajo de Eric Dodds *Los griegos y lo irracional*– fundamenta a partir de la revelación de «todas las formas de crueldad de las que hay memoria en las sociedades de la Antigüedad clásica» (p. 41) –algunas, acaso, poco conocidas– poniendo, además, de manifiesto –en una sabrosa cuarta parte del libro, titulada «El retorno de la Antigüedad y los imperios de crueldad a la moderni-

dad» (pp. 399-547)–, de qué modo, prescindiendo de la interpretación cristiana de ese legado, y en singulares pero apasionantes modos de *Antikenrezeption*, se han cometido en nombre de la Antigüedad clásica severas atrocidades históricas de todo signo político en la vieja Europa. Atrocidades que van desde el terror jacobino (pp. 456-476) al nazismo alemán (pp. 496-527) y que el autor se atreve a denominar «obsesión contemporánea con la Antigüedad clásica» (p. 417); una obsesión que, a su juicio, ha eliminado del legado clásico, precisamente, los elementos de *humanitas*, de «cultura literaria, virtud humana y estado de civilización», como la definió Paul Veyne (p. 367), que escritores griegos –sobre todo a partir del siglo IV a.C. y de la escuela socrática– y romanos –especialmente a partir de la época de Augusto y con la expansión antonina del estoicismo, ya en el siglo II d.C.– fueron reivindicando como medio de dar paso a la clemencia, a la compasión, a la piedad y, en definitiva, a la humanidad en contraste con la inhumanidad de algunos episodios de la historia griega y romana ciertamente poco ejemplarizantes pero propios, también, de Estados acostumbrados al uso de la fuerza para imponer sus voluntades geopolíticas.

Precisamente, como decíamos más arriba, la estructura del libro se articula en torno a ese contraste. En un primer capítulo titulado «*Eris y polis*: la Grecia arcaica y clásica» (pp. 43-166) el autor aborda las principales manifestaciones de violencia en el mito y en la tragedia griegas (pp. 45-60) pero, también, en las sociedades del arcaísmo y del clasicismo, deteniéndose en la masacre, el sacrificio humano, el sadismo político, la esclavitud, la violencia sexual y la violencia familiar como hitos de su análisis. En el segundo, siguiendo esos mismos ítems, hace lo propio con el mundo romano, eligiendo esta vez como contrarios enfrentados la *ferocitas* y la *ciuilitas*

(pp. 167-316). Y, por último, en el tercero, antes del capítulo estrictamente referido a la recepción y fabricación de ese legado en los tiempos medievales (pp. 399-416) y contemporáneos (pp. 417-548), el autor hace un recorrido por los hitos que introdujeron valores como la compasión y la humanidad en esas dos civilizaciones y en la praxis política de las realidades estatales que conformaron, centrándose, de modo especial, en la *eirené* y en la *pax*. Ese tercer capítulo (pp. 317-398) lleva por título «Compasión y humanidad en el mundo clásico» y constituye, sin duda, como el lector podrá deducir por lo dicho más arriba, la columna vertebral de esta sugerente propuesta de Alejandro Rodríguez de la Peña; propuesta que, unida a la audacia, tiene en su haber también el mérito de la erudición, con un manejo de la literatura antigua tan envidiable como ejemplar.

Al margen del singular valor que tiene la propuesta del autor de advertir de los peligros de considerar el legado clásico sin el trasfondo humanista cristiano –y, también, uniendo esa reivindicación a una cierta cancelación de la fascinada mirada medieval cristiana al mundo antiguo, sobre todo a la romanidad y al Imperio romano (pp. 405-407)– y de demostrar que cuando éste ha dado pie a construcciones estatales y políticas que han banalizado el mal –como hizo en algunos de sus periodos el mundo clásico (p. 25)– ha sido por una «revalorización de la Antigüedad con su correspondiente denigración de la civilización cristiana tardo-romana y medieval (...), siendo un peligroso rescate de las Furias, los demonios de la crueldad del mundo antiguo» (pp. 421-422). Desde un punto de vista de la aproximación que el volumen hace a algunas de las creaciones culturales y políticas del mundo clásico –y a las luces y sombras de éstas– las aportaciones de *Imperios de crueldad* son muchas.

En el capítulo referido a la Grecia arcaica y clásica destaca, a nuestro juicio, el planteamiento del trasfondo de los relatos homéricos, arranque de la producción literaria occidental, como la historia de un genocidio (p. 61), la puesta en valor –al hilo de la reforma hoplítica del arcaísmo– de la exclusión de mujeres y niños de los conflictos bélicos como primera evidencia de la protección social, en clave política –en el sentido etimológico del término–, de determinados sectores sociales (pp. 67-88), en una praxis que tendrá continuidad hasta el clasicismo (pp. 83-89). Se analiza también la figura y los méritos de la expansión de Alejandro de Macedonia, un «soberano masacrador» (p. 91) que prelude, de hecho, la fría crueldad de la expansión romana que, con total claridad, describió Simone Weil, a cuyos estudios sobre el imperialismo romano concede el autor cierto protagonismo en las primeras páginas del capítulo referido a Roma. En el contexto de la valoración de las herramientas de la violencia exhibidas por el mundo griego –y que el autor repasa con alusiones bien argumentadas a los autores del momento– se subraya que para los propios griegos, como una manifestación del inicio de esa cultura de la compasión, tanto los sacrificios humanos del tipo *pharmakós*, propiciatorios (pp. 97-101), como las manifestaciones de tortura política de las *latomíai* empleadas por Atenas con algunos de los Estados que sometió en el ejercicio de su *arché* (pp. 110-118), por citar solo dos ejemplos, fueron siempre percibidos como parte de la *hybris*, de la «desmesura» de los Estados que las promovieron (p. 96). Respecto del mundo romano, Rodríguez de la Peña subraya de qué modo hemos de esperar prácticamente hasta Tácito, ya en el Principado, para que surja una denuncia, en el *Agrícola* (p. 175), de la crueldad como herramienta de avance de la «política imperialista totalmente

depredadora del periodo republicano» en contraste, precisamente, con «la apuesta por la paz del Principado» (p. 178). De esa política expansionista romana –*imperium crudele ceterum prope necessarium*, como afirmaba Tito Livio (21, 14, 3), acercándose al axioma amoral de que el fin justifica los medios (p. 186)– se llega a afirmar que su huella en Hispania –especialmente en las décadas comprendidas entre M. Porcio Catón y Ser. Sulpicio Galba (pp. 197-199)– fue de una «crueldad sistémica» (p. 199), casi a la manera de la ejercida en el «cuasi genocidio de Judea» (pp. 225-234), en el que Roma, como se afirma, olvidó que los judíos eran ya súbditos de Roma y les aplicó procedimientos de exterminio propios de los que Roma aplicaba con los Estados bárbaros (p. 233), cumpliendo casi al pie de la letra el espíritu del *debellare superbos* de la *Eneida* virgiliana (6, 853).

Como decíamos más arriba, esa «historia de crueldad» en que se convierten las primeras 320 páginas del libro preparan al lector para la presentación de ideales griegos como la *sophía*, la *philantropía* o la *agathía* (pp. 321-350), casi todos resultados del «fenómeno más formidable en la historia de Occidente», que, en palabras de Warner Jaeger, fue la educación y la moral socrática que, en el siglo IV a.C., abrió una puerta a esos ideales de humanidad que el libro reivindica como lo mejor de la tradición clásica. A esos ideales griegos le sigue (pp. 367-390) el detallado escrutinio de otros romanos semejantes, como la *clementia*, la *pax* o la *pietas*, englobados en el ya referido término de la *humanitas* y que, en realidad, fueron especialmente reivindicados, como ya subrayara Paul Veyne, por ese estoicismo contrario a la experiencia de guerra y de crueldad del mundo clásico y que, cuando se escriben estas líneas, tanto se reivindica y reclama. Completa este sensacional volumen –que es, en rea-

lidad, un recorrido por la historia cultural e ideológica de Grecia y Roma a partir de sus textos— una utilísima bibliografía (pp. 507-607), que recoge, prácticamente, todos los hitos de referencia en cuestiones relativas al legado clásico, a su recepción y a su manipulación, reivindicación y abuso a través de la historia, lo que hace del libro un *uademecum* inevitable para quien desee aproximarse a la apasionante historia del mundo greco-romano desde una perspectiva transparente y nada selectiva que dé luz, también, a las «verdades incómodas» de éste. Quizás —aunque es evidente que éste

se ha sacrificado en el marco del carácter generalista del público al que el libro va dedicado— se echa en falta, por la variedad de asuntos que se tratan, un índice analítico y de textos, que ayude al lector de perfil más académico. Este libro, totalmente inspirador, nos recuerda, en definitiva, cómo «solo desde las auténticas raíces del espíritu europeo, las grecorromanas y las cristianas, combinándolas y no contraponiéndolas, se puede reconstruir lo que ahora es una cultura en ruinas».

Javier ANDREU PINTADO
Universidad de Navarra